

De Azorín a los dirigentes españoles

¿Qué vais hacer con los comunistas...?

¿Qué vais a hacer con los comunistas en las próximas elecciones? ¿Cuál va a ser vuestra conducta, hombres del Gobierno, con los partidarios de ese ideal, que es un noble ideal? Sería un error que en la próxima Asamblea no hubiera una oposición comunista; a esa Asamblea deben venir, si sois sinceros en la contienda, que lo seréis, deben venir cuatro o seis diputados comunistas. En interés de la República está, principalmente, el que vengan. En el antiguo régimen había un vehemente interés en que no existiera oposición. Se acudía para ello, muchas veces, al sistema de los pasillos. Se hacía todo por desvirtuar la fiscalización de las oposiciones. No se comprendía que el Gobierno necesita siempre de una oposición que fiscalice y censure.

Los comunistas, con su vigilante atención, pueden ser para la República, un bien eficaz. Merced a su acicate, merced a sus críticas, puede ir depurándose, acendrándose la función del Gobierno. Con cuatro diputados comunistas en frente del banco azul, la opinión republicana puede ir definiéndose en un sentido de mayor avance, de más depurada democracia. Y a su vez, por el otro lado, la burguesía reaccionaria puede ir viendo en vosotros, en el partido socialista, la gran fuerza conservadora de las sociedades modernas; puede ir viendo en vosotros que vosotros, con vuestro sentido gubernamental, con vuestra prudencia, con vuestro tacto, ante el ímpetu comunista, sois la garantía de la paz y de la seguridad para la nación.

A z o r í n

(De Crisol, Madrid).

Bananos y hombres

En las fincas de banano se le guardan más consideraciones a una mata de banano que a un peón.

II

Nochebuena

= Envío de la autora =

(Véase la entrega anterior)

Hace tres días llueve sin cesar. El nivel del Reventazón sube y sube. La víspera ha llegado a la finca la orden de corta: mil racimos, slight heavy full.

Todavía oscuro se han levantado los peones. En la lejanía el mugido de la barra del Parímina y en torno de los ranchos el rumor sordo del aguacero sobre los bananales. Se mueven los hombres a la luz de las lámparas y las sombras de sus cuerpos se agitan sobre el espacio iluminado, como girones arrancaños a la oscuridad desolada que los rodea.

Las mujeres se han levantado a preparar el desayuno. Los hombres se toman a prisa y en silencio su burra de arroz y de frijoles que bajan con café. Ya el agua del río comienza a lamer con taimada indiferencia el umbral de los ranchos.

Salen del caserío chapaleando agua y se internan entre la despiadada humedad de los bananales.

Una mañana lívida los sorprende en el corazón de las plantaciones, los cortadores con la larga chuza al hombro, los concheros con aquel su atavío de hojas secas de banano que les da el aspecto de bailarinas hawaianas. Sigue lloviendo. Hay partes en donde el agua llega a la rodilla de los más altos.

En su faena tienen que recorrer kilómetros, mirando hacia arriba en la búsqueda de los racimos que tienen el grado requerido. Llevan guaro contrabando y beben. La propaganda antialcohólica es algo sin sentido en esos lugares.

Este Juancito Sandino, no debe estar bien. Ya ha tenido que salir dos veces a San José a curarse el paludismo en el hospital. Pero ahora la cosa anda peor: dos hemorragias pulmonares. Juancito Sandino es un muchacho nicaragüense de unos veinticuatro años lo más, muy simpático, felino, con unas maneras dulces, como de seda cuando está bueno, de las que saca cuando se emborracha, unas garras de tigre. Su guitarra y él han sido inseparables y su voz agradable de barítono y las canciones ingenuas y amorosas que sabe, han alegrado muchas veladas tristes y muchas parrandas salvajes en aquellas soledades. Es conchero y ha sido famoso por su aguante.

Y ahora el pobre quiere tener las mismas fuerzas de antes. Va con uno de los cortadores más hábiles y tiene que moverse mucho para dar a basto. Da pena verlo con su cara febril bajo el viejo sombrero de fieltro que chorrea agua, agitando la especie de falda corta de hojas secas de banano. Y en torno, por kilómetros de kilómetros, matas de banano que chorrean agua. Las hojas secas penden de los tallos como harapos sucios y las chirras rojas hacen pensar en corazones que cuelgan a la intemperie.

Van y vienen los cortadores y los concheros; caen los tallos y el racimo es recibido con todo mimo y depositado con el mayor cuidado en ordenados montones a lo largo de la línea del tranvía, en los mejores sitios. Los peones que no tiene guaro y están sedientos, se inclinan a la pasada y beben en los charcos. ¡Qué cuento de parásitos intestinales! Da risa pensar en el Ministro de Salubridad Pública que anda en un Congreso de cuestiones de higiene que se celebra en los Estados Unidos. A saber si muchos de los señores que asisten a dicho Congreso tienen acciones de la *United Banana Co.* ¿Qué puede importar el trabajador a los accionistas? Lo que importa es que cuando haya demanda haya fruta y que suban las acciones.

Llega el turno a los carreros.

Sigue lloviendo. Bueno, cuando llegue la noche, será Nochebuena. Sí, estamos a veinticuatro de diciembre.

Hay que cargar con todo primor la fruta para que no se maltrate. Les hacen lechos de hojas en las pequeñas plataformas de madera montadas sobre ruedas. Restalla el látigo, la mula endereza las orejas y parte a través de los bananales interminables con la preciosa carga. El agua cubre los rieles, pero como se saben de memoria los switches, eso no importa. En cada uno hay que bajarse para levantar y acomodar el carro en la vía que debe tomar. En una de esas Pancho Ortega se ha dado un fuerte golpe en una rodilla, tan fuerte que ha tenido un pequeño desvanecimiento. ¿A qué pensar en eso? Acáso valé más su rodilla que el banano de la *United Banana Co.*?

Cada vez al llegar al comisariato del Carmen,

bene. ¡Qué borrachos están! Allá lejos, en las ciudades, los filántropos pueden hacer toda la propaganda antialcohólica que a bien tengan. La Compañía tendrá cuidado de tener en sus comisariatos siempre una buena provisión de aguardiente. Sin el guaro, qué vida más aburrida sería la de los peones.

¡Nochebuena!

Nadie se acuerda allí de que en esa noche se celebra el recuerdo de Jesús, quien dicen vino a salvar este mundo del pecado.

A las nueve están de vuelta los carreros. Han rechazado la fruta... No tenían el grado pedido.

Claro que sí lo tenía, pero había exceso de fruta en los mercados de los Estados Unidos y de las alturas vino la orden de rechazar la fruta. Un costarricense yanquizado de esos que creen que hablar inglés es una gran cosa, recibió dicha orden y se apresuró servil a transmitirla.

Los cortadores perderán todo su trabajo.

¿Maldita sea? No, ya ni maldita sea dicen... Es tan corriente...

Los bananos pierden toda su importancia y allí quedan tirados en la oscuridad, bajo el agua que sigue cayendo.

En el rancho de Pedro Montiel han preparado unos tamales. Ahora el río ha subido tanto, que corre sobre el piso de los ranchos. Los convidados se han acomodado en las camas, en la mesa, en cuanto está elevado. Han improvisado puentes para llegar hasta el fogón en donde hierve una olla de tamales. Juancito Sandino se ha encaramado con su guitarra sobre la única mesa. Ya no puede cantar, pero acompaña a Zapata. De verdad que la música de la guitarra es buena compañera de estas gentes. Se siente que viene a ellas con la sencillez de una fuerza que no se cree ni más ni menos que nadie, como el agua, como el viento, como la luz del sol. Les da todo lo que posee: su música incomparable.

Canta Zapata con su voz un poco nasal: es de una barca que se lleva a un pescador y de una mujer que se queda llorando en la playa. Tose Sandino con su tos de tuberculoso y los acordes de la guitarra acompañan sollozando este presagio de muerte.

La luz aceitosa de una lámpara de petróleo suspendida del techo de palma, alumbra la escena.

Los carreros que han llegado borrachos no se han quitado sus ropas empapadas y andan dando traspies entre el agua con sus botas llenas de barro, repartiendo ron. Julio Martínez va a poner un disco en la victrola. ¡Las victrolas y las aspirinas! No hay rincón del mundo adonde no hayan llegado.

El disco es de una mujer que canta de modo que recuerda a las gatas en celo sobre los tejados. Dan ganas de coger a patadas el admirable invento, y tirarlo al río.

Todo el mundo está borracho allí, hasta las mujeres y los niños.

Pancho Ortega no ha podido venir a la fiesta. Ha tenido que permanecer en su rancho en el que vive con una negra. La rodilla se le ha puesto como una cabeza de ternero y se ha echado así con la ropa y el calzado empapados, por que no aguanta que lo toquen. A ratos brama del dolor. Lo que han hecho la negra y él es ponerse a beber ron. Bajo la cama se deslizó en silencio el agua del río.

Y no deja de llover. El Reventazón corre entre la noche con una quietud aterradora.

¡Nochebuena!

Los altos empleados de la *United Banana Co.*, que viven en Limón, en lo que llaman la Zona, también celebran su Nochebuena. Han adornado sus casas confortables con graciosas coronas de muérdago y han plantado arbolitos de Navidad con muchas luces y frutas fantásticas de vidrio. Para toda la gente bien de Limón, los machos han preparada una fiesta en el Amusement Hall. El que ha recibido y transmitido la orden del rechazo de la fruta, es un buen hombre, un padre amante de sus hijos que mira con indiferencia los cuernos